

y no me cruzaré de brazos, como mis progenitores, en espera de un pueblo que venga á mi puerta á llamar ofreciendo un cetro; empeñaré un duelo á muerte con el destino, me sobra espíritu y aliento para la empresa; marchemos al campo republicano, aquel es mi terreno!

Alzóse doña Blanca como una inspirada, en sus ojos habia dos llamas encendidas, y sus dientes relumbraban como los de la víbora. Aquella muger amenazaba trastornarse, se creía capaz de quebrantar la cabeza de la serpiente.

CAPÍTULO XXII.

Donde se ve que el ejército frances se retiró como todo hijo de vecino, despues de la derrota del 5 de Mayo de 1862.

I.

El dia 6 pasaban revista los generales Zaragoza y Laurencez en sus respectivos campamentos.

Los franceses estaban diezmadados, los mexicanos tenian pérdidas considerables.

Repetir el ataque era buscar una derrota infalible.

Querer consumir la obra del dia anterior, era una demencia.

Laurencez tras de sus fortificaciones pasageras, apoderado de las rocas del Tepotzuchitl y rodeado de sus cañones, guardaba una actitud defensiva, pero formidable.

Zaragoza, tendido en batalla al pié de los cerros y con cuantos elementos pudo reunir, esperaba tranquilo sin poder tomar la ofensiva.

La situacion era terrible, el que primero se moviese sobre el campo, pronunciaba su sentencia de muerte.

Aquella escena no podia prolongarse por mucho tiempo.

Zaragoza, con sus valientes guerrillas, no cesaba de llamar á la lid á los franceses, que ahuyentaban con su artillería rayada á los tiradores.

Llegó la noche, y todo continuaba en su mismo ser.

II.

—Por el copete de Laurencez! gritaba Pablo Martinez, estos gabachos están colonizando esas lomas.

—Paciencia, amigo mio, decia Felipe Cuevas, estamos en una situacion muy crítica.

—Hola, señor Cuevas, respondió el guerrillero, ya se cuenta vuestro lance en todo el ejército.

—Qué lance? preguntaron los oficiales.

—Caballero, ruego á usted que no diga una palabra, esa calumnia la ha levantado el camastron de Santiago Gonzalez: figúrense ustedes que se está creyendo un Zaragoza, solo porque le ha tocado la fortuna de batirse como un desesperado en el fortin de Guadalupe: ¡qué hermosa jornada!... oh! yo voy á escribir unos versos, la cosa es para contada; deseo la lira de Homero ó la de Quintana en su oda al combate de Trafalgar:

Nelson tambien allí... terrible sombra

No temas, no, cuando mi voz te nombra,

Que vil insulte tu postrer suspiro:

Ingles te aborrecí, héroe te admiro!

—Bien, bien, señor mio, interrumpió un oficial, no meta usted á boruca el cuento, necesitamos saber la anécdota á que alude el capitan Martinez.

—Cómo capitan?

—Comiendo, respondió Martinez; el general Zaragoza cumple lo que ofrece, me ha condecorado sobre el campo; cierto es que yo he cumplido con mi obligacion y nada mas; pero mi general es muy hombre, y se le ha antojado que yo sea capitan y ya tengo dos tiras plateadas sobre los hombros; y las sabré llevar, como sé que ha de cargar conmigo una legion de diablos!

—No lo decia para tanto, señores.

—Insisto, dijo el oficial, en que se cuente la anécdota del doctor Cuevas.

—Repito, decia este, que es un lio de mentiras que solo han existido en la cabeza de Gonzalez.

—No importa, la queremos saber.

—Pues silencio, gritó Martinez; yo voy á desembuchar todo lo que sé y no sé.

—Atencion, dijeron los oficiales.

—Pues han de saber, dijo Martinez, que despues del primer asalto, el general Zaragoza envió al señor á recojer los heridos franceses.

—Y los recojí, caballero.

—No interrumpa usted.

—Prosigo: el señor llevaba un asistente, hombre fiel que lo sigue á todas partes.

—Es cierto, desde los Estados-Unidos.

—Que calle usted, hombre, no hay medio de saber la historia.

—La fábula, si usted gusta.

—Basta de gustos, gritó Martinez, y al que vuelva á interrumpir lo callo de una bofetada.

—Bravo! gritaron los oficiales.

—Decia, continuó Martinez, que el señor y su asistente se empleaban en la faena de recojer heridos: el señor habia dado órdenes á su criado de no separarse de él un solo instante.

—Ciertísimo.

—Pues están ustedes, que al susodicho asistente se le antojó ponerse la montera colorada de un zuavo que yacía tendido de un balazo, y recoger su fusil; el señor Cuevas, sin atender á que el resto del vestido no correspondía á la gorra, se creyó que un frances lo amagaba, y echó á huir como un desesperado. El asistente lo seguía, y el señor continuaba en su veloz carrera, volviendo por intervalos la cabeza, viendo al zuavo siempre tras él. El criado se pensaba que había un gran peligro, y no cesaba de correr á todo escape tras de su jefe. Así hubieran llegado á México, cuando el señor Cuevas tropezó dando en el suelo tan soberbio golpe, que no pudo levantarse; entonces pudo alcanzarlo el asistente.

—Estoy dado, no me mate usted, señor *munsieur*, yo apelo á la generosidad *francais!* y otras exclamaciones.

Aturdido el asistente se acercó á su amo, y cuando el señor creía que lo iba á guillotinar, la voz conocida de su criado le dijo:

—Por qué ha corrido tanto su merced?

—Entonces el señor se levantó y dijo: los franceses no hablan castellano, y le arrimó una paliza al asistente.

—Bravo! bravo! esclamaban los oficiales.

El doctor Cuevas echó á la broma el cuento, y se puso á reír con sus compañeros.

III.

Santiago Gonzalez se acercó al grupo en cuestion y con su taco acostumbrado preguntó:

—De qué se trata, señores? ¿Se disputa alguna de las condecoraciones quitadas á los zuavos, ó se trata de repartirse algo del botin de la tropa de marina?

—Todo menos eso, respondió Cuevas, se pasa el rato y nada mas.

—Hola! el señor doctor Cuevas por aquí! supongo que ya estarás repuesto del susto?

—Sí, hombre, ya se me olvidó el chascarrillo.

—Pues yo tengo otro que contarles.

—Que sea al momento, gritó Pablo Martinez.

—Han de saber que un maldito andaluz llamado Manolo Balboa, se me había escabullido, y caten ustedes que ahora aparece entre los prisioneros.

—Loado sea Dios! dijo Cuevas, ya nos pagará el bribon su mala pasada.

—Antes del cuento, interrumpió Martinez, diga usted como sigue el comandante Mondoñedo.

—La herida no le ha interesado el pulmon, como se creía al principio; no obstante, está malo, y bien malo.

—La herida es de bayoneta?

—No, de espada.

—Luego se ha batido con algun oficial?

—Probablemente.

—Y en qué hospital lo han colocado?

—Está en una casa particular perfectamente asistido.

—Nos alegramos, dijo Martinez; ahora, hablemos del andaluz.

—Pues señores, continuó Gonzalez, luego que pasé revista á los contusos, observé que uno de ellos me hacia seña de que me acercase, creí que se trataba de suplicarme que no lo curara, cosa que me acontece muy á menudo.

—Ya lo creo, exclamó Cuevas, como que tienes una mano pesadísima.

—En cambio tú tienes los pies lijeros como los del venado, dígalo tu asistente.

—Nada de indirectas, exclamó Martinez.

—Acércome al contuso, y veo á mi andaluz con un chichon en el ojo izquierdo.

—Hola! grité desde luego, conque has venido á pelear contra nosotros?

—Quiá! si me han traído por fuerza, yo bien le decia al gefe desde los primeros cañonazos que despanzurraron á una mula de la artillería: si esto hacen con los animales, qué esperamos nosotros los cristianos? Pero nada, me hicieron trepar por el cerro, advirtiéndome que si retrocedia, me pinchaban como á una mosca; entonces me acurruqué tras una peña diciendo para mis adentros: si se descuidan estos condenados, me las guillo; cuando en esto, que corren y me dejan encampanado; yo no podia moverme para ningun lado, entonces un maldito indio me lanza una piedra, y cataplum! me ha dejado tuerto; los otros indios me llevan y dándome tal zurribamba de culatazos, que á no ser andaluz, espicho como una codorniz; pero eso sí, yo soy como el demonio, solo con mis costillas le rompí á un oficial la espada; ¡qué chasco se han llevado conmigo!

—Y qué has hecho con nuestro antiguo compañero? preguntó Cuevas.

—Lo he llevado al cuartel y ya le hice la primera curacion, queda sano completamente, pierde el ojo y nada mas.

—Es bien poco, dijo Martinez, así queda redondeado el espediente.

—Y me doy por satisfecho, agregó Gonzalez con todo el aire de un Gabino Barreda.

Cantinuó la charla sobre los episodios de la batalla, se mostraron las cruces quitadas al enemigo, se agregó algo á la salsa de la victoria, y se juró acabar hasta con el diccionario de la lengua francesa.

—Me largo, dijo Martinez, voy á la torre á hacer mi cuarto de centinela, estamos en observacion de esos malditos gabachos, el general me ha dicho que no los pierda de vista; me parece que ya no nos batimos, están desmoralizados como cuando se pierden las elecciones de alcalde.

—Capitan, yo lo acompaño á usted, dijo Cuevas.

—Acepto, mientras mas ojos se verá con mas precision.

—Nos veremos, camaradas.

—Cuidado con otro susto, dijo Gonzalez, esta noche sueña la gorra colorada del zuavo.

Cuevas no quiso responder, y echó paso adelante con Pablo Martinez en direccion á la torre de la Catedral.

IV.

El lector querrá saber el desgraciado episodio de Mondoñedo.

El estudiante se habia separado de la ambulancia para ingresar al Estado Mayor de Zaragoza.

En los momentos de la batalla del 5, y cuando la segunda columna de ataque ascendia al cerro de Guadalupe, el general lo envió á dar una orden á Negrete, que esperaba al enemigo con sus valientes indios de Zacapoaxtla.

Mondoñedo subió violentamente el cerro y se encontró con que ya no podia retroceder, porque el enemigo atacaba los fortines y la línea de batalla.

Mezclóse al grupo de ayudantes de Berriozábal y entró como bueno en la pelea.

A los pocos momentos su caballo caia hecho pedazos por el casco de una granada que reventó á sus pies.

Ya hemos visto el arrojo con que los mexicanos rechazaron la columna de ataque hasta su campo; aquel momento era de indecible entusiasmo para Mondoñedo, que sentia aliviadas sus heridas del corazon bajo el peso é influencia de aquellas emociones salvajes.

Entre el humo de la pólvora y el grito de los combatientes, y el toque de los clarines, y la arena del combate, olvidaba ese fuego lento de sus pesares que daba muerte á sus esperanzas y á su existencia.

La muerte le preparaba un horizonte mas feliz, nadie adivinaria tras de su faz rebotante de entusiasmo y donde cruzaba un relámpago de corage, que aquel hombre mezclaba la hiel de sus sufrimientos al sentimiento sagrado del patriotismo.

Si moria, todos creerian encontrar el cadáver de un héroe en los despojos del desgraciado.

¡Pobre estudiante! mas le valdria haber continuado en aquella existencia tranquila de la juventud, en que las olas apacibles de un mar sereno atraviesan las regiones del corazon.

Aquellos primeros horizontes teñidos de azul y oro habian desaparecido al primer rayo de la pasion que lo devoraba.

Una muger era la sombra interpuesta entre el astro de su dicha y el cielo abierto de su alma.

El jóven creia que el amor ya no habitaba en el sagrario de su pecho, que el ídolo estaba derribado y el altar hecho pedazos, ¡mentira!

La imágen estaba velada, pero mientras, se efectuaba aquella trasformacion de la realidad á los recuerdos.

El amor sufriria á su vez el fenómeno de la metamórfosis, ya no era aquel sentimiento de pureza y misticismo, aquel aroma de los ángeles pasaba al cáliz en cuyo fondo se encontraria la ponzoña del ódio y del resentimiento.

Ese estravío fatal del corazon que busca una venganza extraña, hace de un serafin un condenado; se quiere la desaparicion de un ser á quien se ama y se aborrece; se mata porque se ama, no porque se detesta.

El ódio es una de las faces del amor.

En esa demencia terrible se cae en el suicidio.

Toda la saña se vuelve contra nosotros, y la lucha es desesperada.

Manuel Mondoñedo estaba en esos instantes de estrabismo mental, y buscaba en la batalla, en aquel cuadro de proporciones tan gigantes, lo que él tenia miedo de llamar en el silencio de su habitacion.

Vivir, pero llevando en su pecho el corazón hecho un cadáver, era el bello ideal de su desesperacion.

V.

Para describir la escena que vamos á presentar á nuestros lectores, necesitamos llevarlos por un solo instante al campo de Laurencez.

Don Fernando Moncada, que habia sido soldado, comprendió desde luego que el plan de batalla del gefe frances era descabellado.

Tener á la mayor parte de la fuerza enemiga en los cerros donde era difícil derrotarlos, y un lado vulnerable en la plaza, y elegir el asalto á los cerros, era equivocarse por completo.

Ya en 856 el general Comonfort habia emprendido un ataque falso al cerro de San Juan y tomado la línea del Carmen y San Javier de aquella misma ciudad.

Haro sabia esto perfectamente, porque él habia sido la víctima en aquella época.

Una vez rechazada la primera columna, no habia esperanza alguna.

El soldado frances, impetuoso para el asalto, hombre de imaginacion volcánica, tan pronto llega al heroismo como decae hasta la pérdida de la moral.

El primer ímpetu es el todo de los franceses.

La pistola es una arma terrible; pero una vez disparada, es inútil del todo.

Ya hemos visto el esfuerzo poderoso hecho por esos soldados al aspecto de su bandera en retirada.

En el tercer empuje y cuando se buscaba una muerte heroica mas bien que la victoria, don Fernando, lanzado en el aliento candente de la desesperacion, se puso al frente de la columna y subió con arrogancia hasta tocar los fortines de Guadalupe.

Sus gritos se oían en medio del combate.

Parecía aquel hombre el demonio de la batalla, con sus melanas echadas al aire, su brazo rígido vibrando la espada como un rayo, la boca espumante y el rostro descompuesto.

Aquel hombre causaba espanto en aquellos momentos de predestinación.

La columna bajaba en derrota de la cumbre de Guadalupe.

Don Fernando se había quedado sobre el campo disparando los últimos tiros de su pistola sobre los soldados que tenazmente le perseguían.

En aquellos momentos el estudiante Mondoñedo avanzaba á pié sobre las rocas; repentinamente su mirada se encontró en un relámpago con la de don Fernando.

Llevados por una corriente eléctrica se buscaron.

Aquellos corazones se estremecieron de rencor, palpitaron de ódio y de venganza.

—Al fin nos encontramos, gritó el estudiante encarándose á su enemigo.

Moncada respondió con una carcajada de Satanas.

Las espadas se cruzaron y comenzó una lucha desesperada y mortal.

La lucha tuvo la duración de unos segundos, el acero de don Fernando encontró al fin el pecho de Mondoñedo.

El estudiante cayó dando un alarido de desesperación.

—Miserable! gritó don Fernando, y bajó por las rocas como el ángel caído, maldiciendo de su existencia!

VI.

El estudiante se quedó revolcándose en su sangre entre los matorrales de las rocas.

Pablo Martinez, que había seguido con la caballería á los fu-

gitivos, regresó despues de dos horas, cuando la noche comenzaba á caer.

Al pasar cerca de Mondoñedo, oyó los quejidos apagados del herido.

—Demonio! aquí hay un mexicano, si pasa la noche sin curación, carga con él todo el infierno; muchachos, aquí está mi *jarongo*, nos servirá de camilla y llevaremos á ese desgraciado.

Bajóse del caballo el bravo guerrillero y se acercó al estudiante, lo reconoció en el acto y lanzó una imprecación que hizo acudir á los soldados.

—Qué pasa, mi capitán?

—Que han matado al comandante, no saben esos *gabachos* la prenda que se han llevado; me parece que respira todavía, aunque ha perdido mucha sangre.

Levantaron á Mondoñedo, lo pusieron en la camilla improvisada y lo condujeron á la ciudad.

Al pasar por una de las casas de la calle de Mercaderes, un individuo que estaba al balcon le gritó á Pablo Martinez:

—A quién llevas ahí, Martinez?

—Señor Mons, estoy desesperado, ya no dilata en morir nuestro amigo Mondoñedo.

—Entra, entra, aquí le asistiremos.

—Me parece bien, gritó Pablo, é hizo conducir al estudiante á la casa del antiguo amigo de Mondoñedo.

Martinez llamó á Santiago Gonzalez, que ocurrió inmediatamente llevando consigo á un doctor, desconfiando de sus conocimientos.

Reconocieron al herido: la estocada era terrible; no obstante, el doctor dijo que no perdía la esperanza de salvar al estudiante.

El señor Mons había fijado su residencia en Puebla, luego que las fuerzas francesas avanzaron sobre la ciudad, porque su finca de campo se encontraba en el trayecto y sería ocupada por el invasor.

El rico propietario estableció un hospital y gastaba profusamente su caudal en socorrer á las familias emigrantes que venían huyendo de los franceses.

El 5 de Mayo estuvo el señor Mons en los Remedios con el Estado Mayor de Zaragoza, presenciando la batalla.

El general lo contaba entre sus amigos y hacia grande estimación de sus cualidades.

Después de la jornada, el señor Mons se instaló en su lazareto, prodigando todo género de cuidados á los infelices heridos, que estrechaban aquella mano protectora bañándola con lágrimas de reconocimiento.

VII.

El 8 de Mayo el ejército republicano seguía formado en batalla frente al campamento francés, que á las tres de la tarde dirigió dos columnas de infantería hácia el camino de Amozoc, indicando un movimiento de retirada.

El general Zaragoza creyó que el enemigo se disponía á dar otro asalto y que su movimiento era acaso estratégico, tratando de desviar su atención.

Dió sus disposiciones previendo una próxima batalla y avanzó sus guerrillas al campo de los franceses, que las recibieron á metralla.

Todo estaba dispuesto para el combate.

A las cuatro y tres minutos de la tarde los trenes del enemigo se pusieron en vía de retirada sobre el camino de Amozoc. Las columnas de infantería que estaban á derecha é izquierda descansando á lo largo de la carretera, se fraccionaron entrando en línea é interpolándose con los carros.

Las baterías permanecían en la llanura que media entre la garita y el cerro de Amalucan, apoyándose principalmente tras de las ruinas del Rancho Caído, adelante de la Garita Nueva.

Sobre la cordillera inferior del Tepetzuchitl, al lado meridional del camino, había numerosas fuerzas de infantería con sus competentes piezas de montaña, y un trozo de caballería.

En la hacienda de los Alamos había otra fuerza considerable de infantes.

Los carros entraron en la línea y la fuerza del Tepetzuchitl descendió compacta encarrilándose en el camino de Amozoc.

A las cinco de la tarde, dos fuertes columnas de infantería se desprendieron de la hacienda de los Alamos formando sobre la carretera.

Una descubierta de caballería forma la cabeza de la columna.

En el centro se coloca la artillería, seguida de un grupo de cien caballos de cazadores de Africa, cerrando la marcha el brillante cuerpo del 99 de línea.

Aquel ejército desapareció á pocos momentos entre las sinuosidades del terreno, sobre aquel camino que dos días antes cruzaba á tambor batiente y bandera desplegada.

Aquellos estandartes habían caído en pedazos en 1815 al golpe de los sables prusianos; pero no habían retrocedido ante la catastrofe de la derrota ni de la muerte.

La bandera francesa se ha retirado dos veces en este siglo: al tornar las legiones de Napoleon el Grande entre las densas brumas del desierto de la Rusia, y en México después de la jornada del 5 de Mayo de 1862.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.